

**LOS SIETE LOCOS DE ROBERTO ARLT: UN
EXISTENCIALISMO AVANT LA LETTRE**

Dolly Sales de Nasser
UNCuyo

Resumen

El uso frecuente del discurso abstracto en Los siete locos de Roberto Arlt nos remite a ideas generales que se vinculan con postulados existencialistas. Este trabajo se propone señalar la relación que se establece entre los planteos de Erdosain y algunos conceptos que posteriormente elaborarán filósofos existencialistas como Albert Camus.

La lectura paralela de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*¹ de Arlt y de algunos ensayos de Camus, nos puso en evidencia una serie de coincidencias notorias que nos llevaron a leer las novelas en clave existencial a pesar de la acronía que se da entre el autor y la filosofía existencialista.

En este trabajo, el tiempo y el espacio nos obligan a circunscribir nuestro análisis a *Los siete locos*, sin embargo, cabe advertir que con respecto a *Los lanzallamas* es posible realizar las mismas observaciones que se exponen en el presente estudio. Ahora bien, nuestro propósito específico es señalar la relación que se establece entre los planteos de Erdosain, el personaje principal de la novela y algunos conceptos que posteriormente elaborarán filósofos existenciales como el citado pensador francés.

Si con Simone de Beauvoir entendemos por Existencialismo la doctrina que incorpora “el aspecto dramático, concreto y singular de la experiencia, y por consiguiente, propone una especie de ‘verdad temporal’, que es, no la

verdad en sí y abstracta, sino *mi* verdad tal como yo la he vivido” y que por otra parte, trata “de captar el sentido de la existencia en plena existencia, en el acto mismo por el que ella se realiza”², no nos queda más remedio que afirmar que Arlt, al incorporar en la literatura a este héroe urbano que emprende un viaje con el fin de encontrar algo que llene de sentido una vida que carece absolutamente de él, se anticipa notablemente a los presupuestos de la filosofía que marcará al hombre de las décadas del '40 y '50 en adelante.

Veamos: Erdosain, representante de la baja clase media porteña, lleva ya al inicio de la novela una vida cuyo sinsentido vuelve intrascendente cualquier acto bueno o malo: “Sabía que era un ladrón. Pero la categoría en que se colocaba no le interesaba” (p.4)

Empleado de una compañía azucarera, la obra se inicia cuando se le advierte que han descubierto su estafa y lo conminan a demostrar su honestidad o bien a devolver el dinero en un plazo perentorio. Este hecho lo pone en evidencia consigo mismo y así como “El sol descubría los asquerosos interiores de la calle en declive” (p4), el lector asiste a partir de este momento a la progresiva degradación del personaje marcada por una visión inescrupulosa de los actos que desarrolla. Esta declinación interior se acompaña con hechos de su vida cotidiana que lo sumen en una sensación profunda de fracaso, pero ante los cuales no opone resistencia alguna. Así se observa cuando es descubierto: “[...] el director [...] examinaba el demacrado semblante de Erdosain, que permanecía impassible” (p.3); También cuando Ergueta, el farmacéutico, le niega ayuda y lo despide exclamando “Rajá, turríto, raja” (p. 13) “Erdosain, rojo de vergüenza, [simplemente] se alejó”. Aún más, cuando regresa a su casa donde su esposa lo espera con el capitán para informarle que lo abandonará, Erdosain siente que podría matar al capitán pero no lo hace, piensa que podría insultar a Elsa, pero tampoco se atreve, hasta que se pregunta “por qué existía en él un vacío tan inmenso, vacío en el que su conciencia se disolvía sin acertar con palabras que ladraban su pena de un modo eterno” (p.35).

En medio de estos acontecimientos, el protagonista se pregunta constantemente acerca del sentido de su vida, pregunta que será el punto de partida de la reflexión existencialista.

Anteriormente -dirá Camus-, se trataba de saber si la vida debía tener un sentido para vivirla. Ahora parece, por el contrario, que se la vivirá tanto mejor si no tiene sentido³.

Y será, justamente, la certeza de que la nada es el marco dentro del cual acontece su existencia, lo que lleva a Erdosain, como llevará a los planteos existenciales, a sumirse en un sentimiento de desesperanza, (no de desesperación) y de angustia.

[...] El hombre [explica el pensador francés] ha desaprendido a esperar. Este infierno del presente es al fin su reino. Todos los problemas recuperan su filo. La evidencia abstracta se retira ante el lirismo de las formas y los colores. Los conflictos espirituales se encarnan y vuelven a encontrar el refugio miserable y magnífico del corazón del hombre⁴.

Angustia sin duda existencial en tanto el personaje no intenta de ningún modo superarla sino que la acepta como propia de un destino que se considera implacable: “Súbitamente tuvo la sensación de que caminaba sobre su angustia convertida en una alfombra” (p.5). Angustia que aflora al experimentar lo que Camus ha dado en llamar “el sentimiento del absurdo”. Este sentimiento surge en Erdosain por el “divorcio” que se establece entre lo que aspira de la vida y lo que la realidad le impone como tal:

¿Qué es lo que hago de mi vida? -decíase entonces, queriendo quizás aclarar con esta pregunta los orígenes de la ansiedad que le hacía apeteecer una existencia en la cual el mañana no fuera la continuación del hoy con su medida de tiempo, sino algo distinto y siempre inesperado, [...] (p.5).

Camus al definir la “absurdidad” dirá, justamente, que ésta “surge de la comparación de un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que la supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en el uno ni el otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación”⁵.

Ahora bien, necesariamente esta inadecuación entre lo que se espera y lo que acontece va generando en el personaje la certeza de que la vida carece de sentido:

[...] ¿Y esta es la vida? ¡Estar perdidos, siempre perdidos! Pero yo ¿seré realmente el que soy? ¿O seré otro? ¡La extrañeza! ¡Vivir con extrañeza! Eso es lo que me pasa (p.54).

Éste es el mismo planteo de Camus, quien afirmará:

[...]No sé si este mundo tiene un sentido que lo supera, pero sé que no conozco ese sentido y que por el momento me es imposible conocerlo. ¿Qué significa para mí un significado fuera de mi condición? No puedo comprender sino en términos humanos. Lo que toco, lo que resiste, eso es lo que comprendo. Y sé también que no puedo conciliar estas dos certidumbres: mi apetencia de absoluto y de unidad y la irreductibilidad de este mundo a un principio racional y razonable. ¿Qué otra verdad puedo reconocer sin mentir, sin hacer que intervenga una esperanza que no tengo y que no significa nada dentro de los límites de mi condición?⁶

Esta idea marca tanto a Erdosain como a los existencialistas, puesto que en un mundo sin sentido el hombre, “ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin”⁷ pierde definitivamente la esperanza:

Él ya no tenía ninguna esperanza, y su miedo de vivir se hacía más poderoso cuando pensaba que jamás tendría ilusiones, cuando obstinadamente [...] reconocía que le era indiferente trabajar de lavaplatos en una fonda o de criado en un prostíbulo.

¡Qué le importaba! La angustia lo niveló para el seno de una multitud de hombres terribles que durante el día arrastran su miseria [...] (p.73).

Al respecto Camus afirmará:

[...]La elisión típica, la elisión mortal, [...], es **la esperanza**, esperanza de otra vida que hay que “merecer”, o engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y **la traiciona**⁸.

En este mundo sin sentido forjado por el hombre a la medida del hombre cada acto pierde su valor; el bien y el mal, al decir de Camus, son puro azar.

En el capítulo titulado “Estados de conciencia” el narrador arltiano nos introduce en la interioridad del protagonista quien

[...] Conoció horas muertas en las que hubiera podido cometer un delito de cualquier naturaleza, sin que por ello tuviera la menor noción

de su responsabilidad. Lógicamente un juez no hubiera entendido tal fenómeno. Pero él ya estaba vacío, era una cáscara de hombre movida por el automatismo de la costumbre (p.5).

Delito que de hecho llega a cometer: por una parte, el robo inicial: “Cuando tuvo la idea, como una pequeña idea lo cercioró de que podía defraudar a sus patrones, experimentó la alegría de un inventor. ¿Robar? ¿Cómo no se le había ocurrido antes?” (p.7); y, por otra parte, el asesinato; En el capítulo "Ser a través de un crimen" medita acerca de Barsut, el primo de su mujer, al que ha planeado secuestrar y asesinar:

-¿Matarlo o no matarlo? ¿Qué me importas eso a mí? Seamos sinceros. ¿Me importa matarlo? ¿O es que no me importa nada? ¿Que me da igual que viva? Y sin embargo quiero tener la voluntad de matarlo. [...] Yo mismo estoy descentrado, no soy el que soy, y, sin embargo, algo necesito hacer para tener conciencia de mi existencia, para afirmarla. Eso mismo, para afirmarla. Porque yo soy como un muerto. No existo ni para el Capitán ni para Elsa, ni para Barsut. [...] Para todos soy la negación de la vida. Soy algo así como el no ser. *Un hombre no es como acción, por lo tanto no existe.* ¿O existe a pesar de no ser? Es y no es. [...] Sé que existo así como negación. Y cuando me digo todas estas cosas yo no estoy triste, sino que el alma se me queda en silencio, la cabeza en vacío. Entonces después de ese silencio y vacío sube desde el corazón la curiosidad del asesinato [...] Ver como soy a través de un crimen. Eso, eso mismo. Ver cómo se comporta mi conciencia y mi sensibilidad en la acción de un crimen (pp.54-55).

Camus, años después, justificará así esta actitud:

[...] Si no se cree en nada, si nada tiene sentido y si no podemos afirmar valor alguno, todo es posible y nada tiene importancia. Nada de pro ni de contra, el asesino no tiene ni deja de tener razón. Se pueden atizar los crematorios como puede uno dedicarse al cuidado de los leprosos. Maldad y virtud son azar o capricho⁹.

A tal punto llega a ser importante para Erdosain matar a Barsut –“Sin embargo, la única forma de rehabilitarme ante mí era asesinandolo a Barsut [...]” (p. 80)-, que carece totalmente de remordimientos. Así lo manifiesta cuando el Astrólogo le pregunta si no tiene miedo de tener remordimientos después de que “‘eso’ suceda”, Erdosain responde:

-Vea, yo creo que eso sólo ocurre en las novelas. En la realidad yo he hecho acciones malas y buenas y ni en un caso ni en el otro he sentido ni la mayor alegría ni el menor remordimiento. Yo creo que se ha dado en llamar remordimiento el temor al castigo. Aquí a uno no lo ahorcan, y sólo los cobardes... (p.61).

Para poco más adelante afirmar:

-¿Qué importa que sea yo un asesino o un degradado? ¿Importa eso? No. Es secundario. Hay algo más hermoso que la vileza de todos los hombres juntos, y es la alegría. Si estuviera alegre la felicidad me absolvería de mi crimen. La alegría es lo esencial. Y también querer a alguien (p.65).

Este tipo de planteos es posible porque Erdosain se siente vacío por dentro: “Me duele estar así, vacío de toda emoción, quisiera sentir algo y estoy como un adoquín” (p.118) mientras que refiriéndose al momento en que va a buscar a Barsut para secuestrarlo declara:

-Iba con Barsut como un condenado a muerte marcha hacia el paraje de la ejecución, abandonada toda su fuerza; con una sensación persistente, la del vacío ocupando los intersticios de mis entrañas (p.82).

Es importante y significativa la visión del hombre que supone la semejanza con un condenado a muerte, el hombre está condenado a vivir en un mundo en el que reina el absurdo.

Camus encarna la noción de condenado en el *Mito de Sísifo* cuya tragicidad está dada no tanto por la condena en sí sino por la conciencia de que su tormento no tendrá fin: “¿En qué consistiría su castigo si a cada momento le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito?”¹⁰ porque para él como para los dioses que condenaron a Sísifo, “no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza”¹¹.

Esta situación vital es propia del hombre que carece de una mirada trascendente pero que sin embargo se siente atraído por el infinito. La inexistencia de ese infinito, genera en él un sentimiento de frustración. Fernando Boasso lo dice de esta manera:

El humanismo ateo moderno ha desarrollado abundantemente el tema de la necesidad de un infinito para la existencia humana, pero subrayando a renglón seguido que no existe tal Infinito. El hombre está condenado a existir y morir solo, frente a su soledad, con su brillante libertad, que, ante las menudas y pobres posibilidades temporales, sin sentido, opta por “la luna, o la dicha, o la inmortalidad, acuciado por “una necesidad de imposible”. Dolor inútil de la opción, ya que toda opción implica una renuncia a mil posibilidades, perdidas para siempre. Y así, nuestra sed de infinito que nos llevó a optar, va estrechando las fronteras del propio ser. El mismo dinamismo tendiente a la grandeza, nos lleva de hecho a la pequeñez; mi camino hacia el ser me desemboca en la nada... Mi grito es demanda de eternidad, vase ahogando en el río de la temporalidad, según acentúa Heidegger¹².

Conclusión

Creemos que en el siglo XX, el hombre marcado por la experiencia desgarradora de la guerra, se enfrenta a sí mismo y asume, en principio, una actitud crítica frente a los valores universales hasta entonces aceptados como verdaderos, y luego, una posición escéptica que lo lleva a identificarse con las nuevas ideas nihilistas, relativistas e inmanentistas que tienen todo el pensamiento moderno y posmoderno. El hombre se “rebela” contra lo tradicionalmente aceptado y contra su propia esencia y crea una nueva realidad en la que él mismo, con sus limitaciones e insignificancia, se vuelve la medida de todas las cosas. Esta actitud vital tiene un antecedente lejano en el Humanismo, cuando el hombre comienza a ocupar el lugar que hasta entonces ocupara Dios. Sin embargo ese hombre era autosuficiente, se veía a sí mismo como un ser todopoderoso a quien ya Dios no le hacía falta. En cambio, el hombre del siglo XX no se olvida ni descrece de Dios, sino que lo degrada y degrada también la visión del hombre:

El rebelde metafísico no es, pues, seguramente ateo, como podría creerse, pero es forzosamente blasfemo. Sencillamente, blasfema ante todo en nombre del orden, denunciando en Dios al padre de la muerte y al supremo escándalo¹³.

El hombre, que ahora se convierte en la medida del universo es un ser minúsculo para quien, como hemos señalado, el bien y el mal son azar.

Creemos que éste es el tipo de hombre que representa Erdosain. Un personaje que emprende un viaje, externo sí, pero sobre todo un viaje que bucea en la interioridad del protagonista con la finalidad de plantear una serie de interrogantes que seguramente formarían parte de las preocupaciones del autor y que, curiosamente, como hemos intentado demostrar, guardan una correspondencia casi directa con los planteos que Albert Camus desarrollara, casi dos décadas después, acerca de aspectos vitales del hombre moderno.

NOTAS

- ¹ Roberto Arlt. *Los siete locos./ Los lanzallamas*. Buenos Aires. Hispamerica. 1986.
En adelante citaremos por esta edición con la sola mención del n° de página.
- ² Simone de Beauvoir, "Littérature et métaphysique". En: *Temps Modernes*, 1 de abril de 1946, pp. 1159-1160.
- ³ Alberto Camus "La libertad absurda". En : *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*. Buenos Aires. Losada. 1967, p.50.
- ⁴ *Ibidem*, p.48.
- ⁵ Albert Camus. "El suicidio filosófico". En: *Op. cit.*, p. 32.
- ⁶ ----- " La libertad absurda". En: *Op. cit.*, p. 47.
- ⁷ ----- "El mito de Sísifo". En: *Op. cit.*, p. 97.
- ⁸ ----- "Un razonamiento absurdo. El absurdo y el suicidio". En: *Op. cit.*, p. 17.
- ⁹ ----- "El hombre rebelde". En: *Op. cit.* p. 115.
- ¹⁰ ----- "El mito de Sísifo". En: *Op. cit.*, p. 95.
- ¹¹ *Ibidem*. p. 94.
- ¹² (Boasso, p. 31).
- ¹³ ----- "La rebelión metafísica". En: "El hombre rebelde". En: *Op. cit.* p. 132.